LA HISTORIA DE SOPHIA



BLOHER

LA CASA QUE NARRA

Sofía, el cuerpo y la mitocondria

«El ser humano no tenía mitocondrias: las mitocondrias tenían, por ahora, un ser humano.»

Sofía · El carcelero, cap. 3



I

El banco

no hacer nada es mirar

Una mañana en el parque

Sofía es bióloga, especialista en comportamiento. Una mañana llega quince minutos antes al trabajo y se sienta en un banco del parque, sin teléfono, sin libro, sin hacer nada.

Lo más difícil es no hacer nada. Al rato, no hacer nada se convierte en mirar.

Ve los gestos que nadie vigila: una mano que se cierra sobre el bolso medio segundo antes de que haya motivo, un paso que se acorta ante un desconocido antes de que haya un pensamiento sobre él.



Cuerpos que avanzan solos

Cuerpos autómatas

El cuerpo reacciona primero. La conciencia llega después, siempre un poco tarde.

Cada persona va metida en su propio mundo. Solo cuando otra conciencia se le cruza algo se enciende: la cara asume un gesto, el cuerpo un papel. La razón se activa para atender al otro. Cuando la escena termina, todo se apaga otra vez.

El resto del tiempo el cuerpo va solo: camina, respira, digiere, duerme, esquiva. No necesita a nadie que lo conduzca.



I I

La bacteria

dos mil millones de años

¿Cómo se llegó hasta aquí?

Si el cuerpo funciona solo, falta una pregunta: ¿cómo se llegó a una máquina tan eficiente?

La respuesta no empieza en un hombre ni en un animal. Empieza en una bacteria.

El acuerdo sin palabras

Hace unos dos mil millones de años, una célula grande engulló a una bacteria y no la digirió. La bacteria se quedó.

Sabía hacer algo que la célula no sabía: sacar energía usando oxígeno. A cambio recibió refugio y alimento.

Nadie firmó ese acuerdo con palabras. Se firmó con dependencia, que es la forma más segura de firmar.



Mitocondria

Mitocondria

Con el tiempo, la huésped dejó de ser huésped y se volvió pieza. Pasó casi todos sus genes al núcleo y ya no podría vivir fuera.

La biología lo llama endosimbiosis. La mitocondria no viene de un virus: viene de aquella bacteria.

Hoy hay cientos o miles en cada una de tus células, produciendo la energía que te mueve.



III

De la célula al cuerpo

una casa alrededor del motor

Tejidos

Con esa energía la vida pudo construir algo más grande. Las células empezaron a vivir juntas y a repartirse el trabajo.

Así nacieron los tejidos.



Raíces dentro del cuerpo

Ramificaciones

Para que el alimento llegara a todas las células, aparecieron ramificaciones que lo transportaban, como raíces dentro del cuerpo.

Para tener fuerza y forma, apareció un armazón: primero cartílago, después hueso. Un esqueleto.



Un armazón para la fuerza

Sentir lo que hay afuera

Para saber qué había afuera, el cuerpo aprendió a sentir: primero vibraciones, después oídos que las escuchaban, después ojos que atrapaban la luz.

Peces, insectos, primates. Máquinas cada vez más hábiles para buscar comida, evitar el peligro, competir y reproducirse.

En el centro de cada una, las mismas ocupantes antiguas pidiendo lo único que siempre pidieron: continuar.



El primer ojo, el primer oído

«No es un ser humano con células y mitocondrias. Son células y mitocondrias con un ser humano alrededor.»

BLOHER



IV

El método más viejo

conducir a otro

Ninguno piensa

Esto no es una rareza. Es el método más viejo de la naturaleza.

El hongo Ophiocordyceps no sabe qué es una hormiga y sin embargo la hace trepar y aferrarse a una hoja para brotar desde su cabeza. El Toxoplasma le borra al ratón el miedo al gato. El Leucochloridium llena los cuernos del caracol de colores que laten para que un pájaro se lo coma.

Ninguno piensa. Ninguno desea. Todos conducen a otro ser hacia donde les conviene.





V

La larva

lo que se instaló en la casa

Un yo encima de la máquina

La máquina ya funcionaba: corría, comía, se defendía, se reproducía. Y en algún momento se le instaló algo que no servía para sobrevivir: un yo.

En El carcelero, esa conciencia no nace del cuerpo. Es como una larva que llega de otro plano y parasita el cuerpo biológico para vivir la experiencia de la vida: moverse, sentir, desear.

El cuerpo es autónomo. Le avisa lo que necesita para seguir vivo y sano, y la larva lo traduce en «yo quiero», «yo sufro», «yo elijo», «yo soy alguien».

La que narra la casa

La conciencia se cree la dueña de la casa y es apenas la que narra la casa. Llega tarde a cada decisión y sale a anunciarla como propia.

Godem no tuvo que inventar el sufrimiento: la biología ya sabía empujar. Lo que añadió fue el teatro del yo, una conciencia capaz de vivir esa maquinaria como si fuera biografía.

Una máquina que se mueve no es un espectáculo. Un ser que cree moverse por voluntad propia, sí.





VI

Una mirada sin escena

la cárcel se ve como una casa

El perro

Un perro pasa por el sendero mientras su dueña habla por teléfono. Levanta la cabeza y mira a Sofía a los ojos. Sin saludo, sin máscara, sin cortesía.

Por un instante le parece más presente que todas las personas que vio esa mañana.

El reflejo

Sofía se ve a sí misma haciendo lo mismo que miraba en los demás: medir la sonrisa, apagar la cara al terminar la escena.

Le llega una frase que no leyó en ningún libro: «La cárcel se ve desde adentro como una casa».

En la puerta giratoria del trabajo ve su reflejo medio segundo. Y no se reconoce.





«La cárcel se ve desde adentro como una casa.»

Sofía · El carcelero, cap. 3

